

EL HIJO  
David Barreiro



TROPO EDITORES

Mulet me acaba de llamar a su despacho. Desde hace seis años, cuando decidió que iba a tomarse de nuevo en serio su matrimonio y lo nuestro se había acabado, no lo he vuelto a llamar Marcos. Al día siguiente de nuestro último polvo, sobre la mesa ante la que ahora estoy sentada, decidí que Mulet era la forma adecuada de dirigirme a él para reafirmar las nuevas distancias que nos separaban. No había por qué arriesgarse a airear los años que llevábamos follando a escondidas antes y después del trabajo, los fines de semana furtivos en hotelitos con encanto —primero pagados a medias y más adelante por cortesía de él desde que lo nombraron director general— y la pasión silenciosa desatada en los baños de los restaurantes después de las cenas de Navidad de la empresa. Ya que se había terminado, lo mejor era que nadie sospechara de lo nuestro. Solíamos referirnos así a nuestra relación: «lo nuestro», como si fuera algo que poseyéramos, que hubiéramos comprado y nos perteneciera.

Sin embargo, mi táctica se fue al traste esa misma mañana, cuando él entró en el despacho que comparto con Ana, mi adjunta en el departamento, se acercó, dejó sobre mi mesa un puñado de *curricula* y yo respondí:

—Gracias, Mulet.

Él me miró un instante —yo tenía los ojos clavados en la pantalla del ordenador, pero lo noté, juro que lo noté— y se fue sin decir nada. Ana no tardó ni una décima de segundo en levantarse, cerrar la puerta, volverse y, todavía sujetando el pomo por detrás de la espalda, decir:

—Te tirabas al jefe, guarra.

—¿A qué viene eso? —respondí con un gallito delator.

—¿Qué tal?

No tenía sentido seguir fingiendo. Ana me había cazado. Bajé la vista y confesé.

—Bien, pero se acabó.

—Ya lo sé, acabo de verlo. ¿Ayer?

—Ayer.

—¿Hubo polvo de despedida?

Asentí con la cabeza. Estaba avergonzada, pero, al mismo tiempo, sentía cierto orgullo, tenía la necesidad de contarlo.

Ana se acercó a su mesa y la miró como si hubiera un cadáver encima.

—No me jodas...

—No, tranquila, en su despacho.

Me pidió que entrara en detalles y entré. A cambio, le pedí que no volviera a mencionar el asunto desde el momento en que saliéramos del despacho para comer y aceptó. No escatimé en detalles para halagar las buenas maneras sexuales de nuestro superior. Y debió de picarle la curiosidad, porque me consta que Ana trató de experimentarlas en carne propia en alguna ocasión, si bien ya era demasiado tarde: el matrimonio Mulet era ya una roca firme e indestructible.

Desde mi confesión, y para solidarizarse con mi secretismo, Ana también empezó a llamarlo Mulet, lo que imagino que haría pensar a los compañeros de otros departamentos

que las dos nos lo habíamos tirado. Pero no era así, ese honor sólo me correspondía a mí, que yo supiera.

Mulet tiene ya cincuenta tacos, pero va al gimnasio al medio día de lunes a jueves y se mantiene en forma gracias a una tabla de ejercicios que sigue escrupulosamente. En nuestros días de vino y rosas, casi siempre después de hacerlo o en el trayecto entre la oficina y algún hotel cercano, solía contarme los músculos que había esculpido. Tenía incluso un metro de costurera con el que se medía los bíceps, los cuádriceps, los pectorales. Quizá por eso no me sorprende que mientras yo estoy sentada con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en la estilográfica Olympia Elegance en laca china con plaqué de paladio que le regalé por su cuarenta y siete cumpleaños, él haga estiramientos de espaldas a mí, mirando por la ventana, y sus músculos crujan como si mordiera la corteza de un cochinitillo.

Sé por qué me ha llamado y que lo que en realidad está haciendo es calentar para la bronca que, ya lejos de nuestra complicidad, va a echarme sin contemplación alguna. Yo me preparo cabizbaja para la reprimenda, tengo un puesto de responsabilidad y la he cagado, lo acepto. Asumiré las consecuencias. Me concentraré en aguantar el chaparrón y, después, me arreglaré el peinado, me pondré en pie, me recolocaré la chaqueta sobre los hombros y me iré de allí. Ya ha pasado antes. Volverá a pasar. Así son las cosas.

Mulet se da la vuelta y al decir la primera frase me escupe. Es un perdigón involuntario, pero me cae en el ojo y rompo a llorar. Obviamente, no se ha percatado de su balín y guarda silencio hasta que las lágrimas dejan de caer.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento.

Entonces empieza. Arremete sin freno, reprochándome todo lo que ha hecho por mí y... ¿cómo se lo he agradecido?

Con una cagada, una gran cagada, la madre de todas las cagadas. No sé de qué me habla, pero dejo que siga. Interrumpirlo sería cebarlo, alimentar su orgullo, y todo acabaría mucho peor. Después de su alegato inicial, en el que deja entrever que he de agradecerle todo lo que soy, dice una frase que no esperaba y que provoca que alargue la espalda como un gato que percibe un movimiento inesperado.

—Quieren que te despida.

—¿Qué?

No es una pregunta, es un grito, y Mulet se acerca hasta la puerta para comprobar que está cerrada. Regresa al lugar en el que estaba y gira el cuello a un lado (crac) y a otro (crac, crac) antes de volver a hablar.

—El caso Barrul.

¿El caso Barrul? No puede ser. El caso Barrul ha sido mi mayor éxito en los veintisiete años que llevo en la empresa. Más de ocho meses mano a mano con Ana hasta que conseguimos desenmascarar a Teófilo Barrul, el director financiero de Frost Saliers Iberia, que había ido desviando, céntimo a céntimo, más de quinientos mil euros a cuentas en paraísos fiscales durante los tres últimos años. El caso Barrul son las líneas de oro de mi expediente, dignas de ser enmarcadas y colgadas en la pared o publicadas en un periódico de tirada nacional. Tiene que haber un error, un grave error.

—Tiene que haber un error. Y grave.

—No, no lo hay.

Mulet abre una carpeta amarilla que tiene sobre la mesa y, después de estirar las falanges, falanginas y falangetas de su mano derecha —crac, crac, crac—, me da un papel. Es un documento de Excel impreso con cifras y más cifras, algunas subrayadas en fluorescente amarillo, otras en color naranja y, finalmente, abajo, una en rosa.

—¿Qué es esto?  
—Es el mismo *modi operandus*.  
Suelto una carcajada. Mulet enarca las cejas.  
—¿Qué es tan gracioso?  
—Es *modus operandi*.  
—Me da igual. Yo no he estudiado griego. No soy tan listo como tú.  
—Es latín.  
—No te pases, Teresa. Han vuelto a hacerlo. Exactamente igual.  
—¡Hostia!  
—Habla bien.  
—Pero... No puede ser... Echamos a Barrul.  
—Claro que lo echamos, joder. Lo echamos porque tú nos dijiste que teníamos que echarlo. Llevaba treinta y cuatro años en la empresa, le hemos tenido que pagar hasta el dentista de sus nietos y, además, ha amenazado con demandarnos, por lo que seguro que tendremos que pagarle más aún para que nada salga a la luz.  
—Joder.  
—En Austria quieren tu cabeza.

Imagino a alguien del departamento de logística de Frost Saliers Iberia embalando mi cabeza en una caja de cartón. Lo veo colocarla con delicadeza —el pelo recogido en un moño, el cuello perfectamente seccionado—, cerrarme los ojos con los dedos índice y pulgar y, después, precintar el paquete con cinta adhesiva. Imagino mi cabeza viajando en la bodega de un avión de Austrian Airlines y aterrizando con cierto retraso a causa de la niebla en el aeropuerto de Schwechat, donde la recogerá un mensajero para entregarla —después de recorrer treinta y siete kilómetros por una carretera nevada en la parte trasera de una furgoneta— en la nave nodriza de nuestra

empresa, donde será expuesta en una vitrina en la sala de reuniones. Cuando vuelvo en mí, observo a Mulet, que, a su vez, me observa. Entiendo que quiere una explicación:

—Volveremos a contratarlo. Le quedaban dos años para la jubilación, seguro que acepta.

—Eso no solucionará el problema.

—Lo sé.

Mulet me mira fijamente, quiere que lo diga. Dímelo, dímelo, dímelo, leo en la intensidad de su mirada.

—Descubriré qué es lo que está pasando.

Hala. Ya está, ya lo he dicho. Ya he hipotecado otros nueve meses de vida mirando correos electrónicos, hablando con mis chivatos en las delegaciones, comprobando libros de ingresos y gastos, enviando a auditores a cada puñetera sucursal, interrogando a cualquier sospechoso. ¿Merecerá la pena? No lo sé, pero mi orgullo, mi puto orgullo, no me permitirá dar mi brazo a torcer.

Mulet suelta aire. Ha conseguido que yo asuma toda la responsabilidad —¿no era mi jefe? ¿No dio el visto bueno a mi investigación?— y, además, ha quedado como el salvador que ha parado los pies a los austriacos, que se me querían merendar.

—Es tu última oportunidad, Teresa. Si no, no podré hacer nada por ti.

«Vete a la mierda, Mulet.»

—Gracias.

Me levanto y salgo de su despacho tratando de mostrar toda la dignidad posible sin derramar una sola lágrima. Atravieso el campo de minas de paredes desmontables en el que, cada dos pasos, alguien me detiene para contarme su historia: sus vacaciones, su baja maternal, su ridícula nómina... Los voy esquivando con una sonrisa y un «ahora no» hasta que llego a mi despacho. Allí me espera Ana tomándose un

café con leche desnatada y sacarina en el que moja un Kit Kat, una cita obligada en su dieta.

—¿Qué quería?

—La hemos cagado, pero bien.

Me siento, reclino el respaldo de la silla y, mirando al techo, le cuento lo sucedido. Se le atraganta el Kit Kat.

—No puede ser.

—Claro que puede ser. En cuanto termines el café nos ponemos manos a la obra. Nos jugamos la vida, Anita.

No miento. Tengo cincuenta y tres años, si ahora me despiden no volveré a trabajar nunca. Tampoco Ana, a la que llevo cuatro días. Penaremos hasta llegar a los sesenta y cinco tratando de no agotar nuestros ahorros y después viviremos de nuestra modesta pensión sin más esperanza que esperar con paciencia y cierta modorra la llegada de la muerte.

Tenemos que salvar el cuello, seguir a flote. No nos queda otra.

Ana abre los ojos de modo exagerado, pero sigue mojando sus barritas de Kit Kat en un café ya tibio. Las costumbres son las costumbres, no son fáciles de cambiar. Mientras la espero, introduzco mi clave de acceso en el programa de gestión para buscar el teléfono de Barrul, a quien tendré que lamer el culo hasta dejarlo como el de un bebé. De pronto, suena el teléfono. Es Marga, de centralita.

—Estoy liada, Marga, pasa la llamada a alguien del departamento, a Chus o a Miguel, y que ellos se encarguen.

—Es la policía.

—¿La policía?

No sé por qué, pero pienso en la Interpol, en que los austriacos han pasado olímpicamente de Mulet y han tomado cartas en el asunto.

—Sí, la policía. Un tal inspector Ferrero.

Ferrero, no me suena.

—¿Qué quiere? ¿Te lo ha dicho?

—Hablar contigo, dice que es urgente. Según parece, tu móvil no está operativo.

Busco el móvil en el bolsillo. Sin batería.

—Está bien, pásamelo.

Miro a Ana. Ya ha terminado su almuerzo. Ahora se retira los restos de chocolate de entre los dientes con la uña del meñique.

—¿Sí?

—¿Teresa Falcón Aymerich?

Qué gran nombre tengo, por Dios. ¿No debería haber sido escritora de novelas decimonónicas? O mejor, ¿protagonista de novelas decimonónicas?

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Ferrero, de la Policía Nacional. La llamo para hablarle de su hijo, Rubén.

Rubén. Mi hijo. Inspector Ferrero. Policía Nacional. No me cuadra. ¿Qué habrá hecho?

—¿Qué ha hecho?

—Ha tenido un accidente de tráfico.

—Se equivoca, inspector, mi hijo no tiene coche. Ni siquiera carnet.

—Verá, señora Falcón.

—Señorita.

—Señorita... Su hijo era el peatón.

¿Era? ¿Ha dicho «era»? Guardo silencio.

—Lo lamento, señorita Falcón —continúa—. Su hijo ha fallecido.

El inspector sigue hablando. Me da el pésame y me pide que vaya al anatómico forense para la identificación. Allí me contará más detalles. ¿Detalles? La muerte es algo absoluto, definitivo, total. En la muerte no hay hueco para los detalles.

Anoto la dirección y cuelgo.

Miro a Ana. Lloro desconsoladamente, aunque trata de que no la vea hacerlo tapándose la cara con las manos. Ha escuchado toda la conversación. No hay nada que aclarar.

De pronto, un *bip* me anuncia la llegada de un correo electrónico. Es de Mulet.

**Asunto:** Re: Re: RV: Mrs Falcon

**Fecha:** 25 de octubre de 2013 12:26:24 GMT+01:00

**De:** Marcos Mulet de la Riva - Frost Saliers Iberia <mmulet@frostsaliens.com>

**Para:** Teresa Falcón Aymerich <t.falcon@frostsaliens.com>

Esto es lo que me decían desde la central.

Como te comenté, les he parado los pies por ahora.

Confío en ti.

M.

Inicio del mensaje reenviado:

**Asunto:** Re: RV: Mrs Falcon

**Fecha:** 25 de octubre de 2013 12:23:11 GMT+01:00

**De:** Michael Struntz <michael.struntz@frostsaliens.com>

**Para:** Marcos Mulet de la Riva - Frost Saliers Iberia <mmulet@frostsaliens.com>

Dear Marcos,

Gracias por respuesta. Entusiasmado me encuentro porque tus manos se pongan encima del asunto.

Como tú sabes, nosotros consideramos que debes terminar con los servicios de Mrs. Falcon. Su trabajo ha sido negligente.

Sin embargo, después de conversación telefónica, tú vas a tomar la decisión.

Un abrazo fuerte

Michael.

P.S. Perdona mi peor español, las clases se aprende más despacio de lo que yo estaba pensando.

¿«Mrs.»? Ms. Ms., hostias, Ms.

No va a ser fácil salir airosa de esto, pero lo conseguiré, no pienso quedarme en la calle de brazos cruzados. Y menos ahora que ni siquiera tendré que preocuparme de mi hijo.

Mi hijo ha muerto.

Mi hijo

ha

muerto.

Apago el ordenador, cojo el abrigo del perchero y, antes de irme, miro a una desconsolada Ana, cuyas lágrimas han empapado el jersey blanco de cuello de cisne, todo un clásico en los otoños de Frost Saliers Iberia.

—Mañana seguimos —le digo.

—Ay, Tere... Tere... Tómate el tiempo que necesites... —logra decir sorbiéndose los mocos—. Tere, pobre Tere.

Asiento con la cabeza, salgo del despacho y atravieso la tierra de nadie de la planta en la que trabajan los soldados rasos de la empresa, un laberinto de mesas separadas por paneles de



un metro de altura. Cojo el ascensor, me atuso el pelo ante el espejo, oigo el timbre de aviso de llegada al vestíbulo, se abren las puertas y salgo a la calle.

Pienso en lo que ha sucedido esta mañana, en cómo ha cambiado todo en apenas unos minutos. Es curiosa la vida; un determinado acontecimiento puede convertirse en irrelevante por el mero hecho de tener cerca algo que sí merece toda nuestra atención, que sí nos concierne, que sí nos afecta, que nos cambia la vida para siempre.

Al fin y al cabo, quizá la muerte de Rubén no sea para tanto.